

«cuide de que los trabajos se hagan con la debida exactitud y solidez», y refiriéndose a la cooperación que ha de prestar al maestro Andrés García, ordena que le dedique «todo el celo y energía que sean necesarios». También se conoce la petición que el Alcalde de Alcántara se vió precisado a elevar al rey en solicitud de que dispusiera que los armadores se proveyesen del dinero necesario para todo el viaje a fin de evitar las paradas que la carencia de monetario originaba con los retrasos consiguientes.

José de Viu, tras lamentarse del abandono en que se encuentran los proyectos de explotación del Tajo y de fustigar la abulia extremeña, menciona la exposición que el Gremio de Navieros de Abrantes dirigió a Felipe III, rey de España y Portugal, interesando el privilegio exclusivo de la navegación Lisboa-Alcántara, para lo que alegaban las poderosas razones de situación geográfica, conocimientos prácticos, trabajo suficiente y otras más. A principios del siglo XVII, el propio Gremio se vuelve a dirigir al rey a fin de que se reforzaran los puestos de remolque con más hombres a costa del erario público, de que todos los buques gozasen de iguales privilegios y de que se prohibiesen los de más de cincuenta toneladas! en la navegación entre Villa-Velha do Rodao a Alcántara y viceversa. ¿A qué seguir? Ya son de por sí elocuentes estos datos que, incluso a través de los comineros intereses a que algunos se refieren, dejan traslucir bien a las claras la importancia del asunto.

Es de notar que Santibáñez, el conocido tratadista alcantareño del siglo XVIII, obsesionado por el problema entonces en boga de las tierras comunales y de su reparto, al estudiar las causas de la decadencia de su villa natal, no menciona entre ellas la ausencia de la navegación por el Tajo, navegación que coadyuvó a la prosperidad de Alcántara y que Arias de Quintanadueñas describía así: «Los valdíos del Tajo hacia Portugal... estaban tan plantados de viñas, olivares y frutales, que parecían haberlos producido la naturaleza, para que a porfía compitiese lo hermoso y deleytable con lo fecundo para el sustento humano». Toda la comarca era un portento de producción y laboriosidad, estimulado por la facilidad de la salida de productos. Alonso de Torres y Tapia consigna que Ceclavín era «bien conocida en España por el gran fruto de pasas que cogen sus vecinos, que llega de ordinario a treinta mil fanegas»; y el citado Santibáñez asegura que Alcántara «mantuvo fábricas de cera amarilla... conservó fábricas de paños, sayales, xergas y lienzos; se abatanaba en las aguas del Tajo, y con ser tantas, y de precipitada corriente, las maleficiaban. De aquí—prosigue diciendo—tomó ocasión el Ayuntamiento para ordenar por punto general, se trasladasen los batanes a otros destinos; y con efecto se establecieron en el río de Alagón, cerca de las juntas de sus aguas con las del Tajo, en el sitio que aun retiene el nombre de los Batanes». Nosotros sostenemos que el cambio de los batanes fué en realidad debido al deseo de eliminar obstáculos para el tránsito fluvial, ya que las aguas lo mismo se «maleficiaban» aunque los batanes se emplazaran en la confluencia del Alagón; pero en tal lugar, sin embargo, no estorbaban el pago de las naves. Y, reforzando nuestra opinión, añade el citado autor: «Consta que se extraía de aquel pueblo para otros, granos, curtidos, calzados, vinos, pasas, ganados, lienzos, cera amarilla y otras subsistencias que sobraban a el consumo de los naturales» y ya es casualidad que toda esta gran prosperidad se perdiera a mediados del siglo XVII, o sea, precisamente, cuando desapareció la navegación fluvial que aún se mantenía en este trayecto del Tajo, es decir, cuando los productos se vieron privados de su fácil y económica salida.

(Continuará)

ARTE

Opiniones de un provinciano

SOBRE LA ETICA DEL CINE

No puede negarse que el cine sea una formidable fuerza sociológica, o mejor aún, que el cine pueda ser utilizado como cauce de fuerzas y energías sociales de carácter espiritual. Un sencillo experimento nos lo dice: la interrogación entre los aficionados a nuestro espectáculo. Muchas personas que no saben quien descubrió América, que ignoran el nombre del autor del Quijote o que se quedan indiferentes cuando oyen el de Isabel la Católica, distinguen, sin titubeos ni vacilaciones, los nombres de numerosos artistas de los que llaman «estrellas del cine». Y no confunden, pongo por caso, a Carole Lombard con Greta Garbo. Otra trágica experiencia hice, recientemente, en un cine de Madrid: espectadores de mi cercanía daban entero asenso a ciertas escenas de una película de trucos, los más inverosímiles y absurdos. Recordé entonces a los ingenuos ateos, ridiculizados por la literatura cómica del XIX, que, según ellos, lo eran gracias a Dios. ¿Será posible, me repetía, será esto posible?

El cine es hoy, con el foot-ball, los toros y el boxeo, uno de los espectáculos predilectos de las masas. Ya sabemos todas las causas de tal predilección: su relativa baratura, su sensualidad, la sencillez de su comprensión, su origen científico y mecanizada técnica, sus graciosos trucos, y ¿por qué no? la belleza que alcanzan ciertas películas.

Basta, en estas tranquilas ciudades de provincia, observar la regularidad y constancia del público aficionado, sus costumbres y capacidad de admirarse, las colas que forma en las taquillas para tomar la entrada y llenar los locales—sin reparar en los precios—para darse cuenta de que la fascinación de la pantalla es moneda corriente en el mundo, aún en los más apartados rincones. De mi provincia puedo decir que en la capital funcionan, diariamente o poco menos, dos salas de cine, de bastante capacidad una de ellas; que en un Colegio de 2.ª enseñanza se proyectan cintas sonoras los domingos y días de fiesta y que han de pasar de una docena las localidades con cine funcionando de modo regular. Añadiré que en la época, reciente aún, del wolfran hubo pueblecito de 6.000 almas en el que daban función diaria dos salas dedicadas a cine.

No debemos extrañarnos, pues, de la sorpresa que los elementos teatrales han recibido ante esta preponderancia del afortunado competidor, el cual va desplazando, lenta pero inexorablemente, a las compañías de teatro de sus propios locales. De donde nace el clamor, un tanto inoportuno, de empresarios, autores y actores teatrales en contra del cine y sus protestas y aspavientos, en lo relativo a sus aspectos histórico y estético, principalmente. En lugar de plantear el problema en su verdadera modalidad, que es la sociológica, lo derivan hacia cuestiones objetivas y llegan incluso a pedir la intervención del

Estado, poco menos que con las angustiosas llamadas de los náufragos. Más resulta que los poderes públicos, con acierto evidente, se desentienden bastante del teatro para proteger y encauzar las actividades de la industria cinematográfica. ¿En virtud de qué razones? Mi propósito es ponerlas de manifiesto, dejando a un lado las de orden económico.

He aquí la primera: he afirmado reiteradamente que el cine es hoy el espectáculo favorito de las masas. Su influencia sobre las mismas tiene, pues, que ser enorme, y debemos ponerla casi al mismo nivel que las de la prensa y la radio. Luego si es cierto que existe una psicología de las colectividades que permite empujar a las multitudes en direcciones determinadas, según leyes discernibles por el método experimental, será lógico que todo gobernante atento a las palpitaciones del corazón de ésta, personalidades de orden superior que son las masas humanas, tenga muy en cuenta las variaciones y el ritmo de su funcionamiento. No hacerlo sería pecado imperdonable.

Ahora bien, una cinta cinematográfica puede interesar al gran público por otras cosas muy distintas a su belleza. Pongamos a un lado el origen científico del cine: ¿no es cierto que la ciencia tiene todavía, entre las masas, una aureola fabulosa y un tinte de misterio? Este prestigio alcanza gran influencia porque, además, se le invoca, juntamente con los grandes capitales invertidos en el rodaje, por la propaganda. Y sabemos que la propaganda es resorte de acción segura cuando está bien hecha, aunque sus bases y razones íntimas queden ocultas. Recordemos el cuento, tan antiguo como agudo, de los tejedores de la tela maravillosa, invisible para los manchados con alguna tara social. Porque algo análogo ocurre con las modas estéticas, científicas y con todo género de teorías más o menos en boga. En este caso del cine ayuda mucho la incapacidad que se adjudica el vulgo para comprender la ciencia. Precisamente cuando la ciencia no tiene, ni debe tener, esta propiedad, ya que es obra humana dejada por Dios a las disputas de los hombres. Lo científico puede llegar a ser muy difícil, sutilísimo y oscuro; pero jamás misterioso, en el sentido de carecer de explicación razonable.

Consecuencia: hay en lo más hondo del alma de los hombres una real necesidad de misterio, de algo transcendente y superior a su naturaleza material, pues así lo demuestra esta general tendencia, tan constante como universal. Podríamos, pues, decir, parodiando una conocidísima frase del propio vulgo: ¡Si los pseudo-filósofos de la revolución enciclopedista y anticristiana levantan la cabeza...!

Otro aspecto que da interés al cine es su capacidad informativa. Si puedo, sin salir de mi casa, presenciar en proyección animada acontecimientos y sucesos ocurridos en lejanos y exóticos países y climas, es lógico que trate de satisfacer tan legítima curiosidad. De ahí el éxito de algunos noticiarios y documentales. No llegará la emoción a ser tan intensa ni tan pura como en la contemplación directa, es verdad; pero a falta de otra cosa y dada la objetividad de la fotografía, mi ansia de saber quedará satisfecha. Y este método de conocimiento puede ser aplicado a las creaciones de la fantasía, a las creaciones artísticas. Por eso el cine se ha lanzado por los difíciles caminos del arte y del ensueño. Ya sabemos que, en esta dirección, todavía anda con pasos vacilantes y poco seguros; más cuando la información que se le pide es de cosas concretas alcanza una neta superioridad sobre cualquiera otro medio.

Se deriva de la anterior faceta otra de enorme importancia: la que hace del cine un imprescindible instrumento docente. ¿Se ha pensado bien en las posi-

bilidades pedagógicas del cine?. Yo he presenciado el caso de que un público corriente aplauda una película de carácter instructivo en el más puro concepto de tal propósito. Sáquese la oportuna consecuencia, porque en interés de todos está la utilización prudente y provechosa de dicha cualidad. Y debo advertir que, en más de una ocasión, se nos dió en tales cintas, por graciosa añadidura, una lección de belleza.

En estos últimos aspectos, sin embargo, se encuentran las más peligrosas actividades sociales del cine. Lo que es concordante con los abusos reiterados de aquellos artistas que, escudados en una falsa libertad, pretendieron, en no importa que momento y lugar, arrimar el ascua del arte a la sardina de sus intereses particulares, de secta o de partido. ¡Cuántos sofismas, cuántos errores y cuántas majaderías se han pretendido—y aún se pretenden—justificar tomando por celestinas a las Bellas Artes! No se trata de representar de una manera artística una idea más o menos equivocada, más o menos fabulosa, que ello pudiera ser disculpable y aún admisible—el caso de la Mitología y del desnudo en la pintura—, no, se trata de utilizar el Arte como palanqueta para asaltar las conciencias y entrar a saco en sus recintos.

Y no es que nos asusten, a mí particularmente ni a muchos como yo, estos intentos torcidos. Sé muy bien que porque me diga un señor que es libre de emitir tal o cual opinión, la verdad de la misma no queda justificada. Creo que el mundo es ya lo suficientemente viejo para que puedan prevalecer, por ignorancia, las malas causas. Pero aún quedan ingentes intereses materiales por esos mundos, cuya necesidad de captación de voluntades no duda en aventurar una parte de su riqueza en dorar píldoras morales y en la pretensión de hacernos tragar ruedas de molino, lo que, para muchos es un peligro evidente si la verdad no les sale al paso con valentía y sencillez. Es un axioma en estos menesteres que el que ataca procura hacerlo siempre desde un punto de vista favorable. El atacado suele, por otra parte, perder demasiado tiempo en darse cuenta del ataque y en aprestarse a la defensa.

¿No es verdad que de aquí nace la obligación de una vigilancia atenta para impedir los males producidos por un abuso tal? ¿Y no es cierto asimismo que el Estado tiene que ayudar, con toda la posible eficacia, a los productores de buenas cintas? ¿No habéis notado las diferencias tan palpables a este respecto cuando se consideran obras de arte, de nivel estético análogo, si una de ellas no encierra más tesis que una moralidad corriente y eterna y la otra pretende justificar una ética injustificable? Pondré un ejemplo que aunque se refiere al teatro podemos muy bien aplicar al cine. El Hamlet y el Don Carlos. Yo recuerdo haber presenciado en el Teatro Real una representación de la ópera basada en el drama de Schiller. Era un jovencuelo y comprendí toda la mala intención política de la obra. Su exagerado odio contra Felipe II produjo en mi ánimo un efecto contrario al esperado por su autor: si el fundador del Escorial, me decía, necesita ser presentado tan cruel, tan perverso, algún interés inconfesable anda por medio. Y acerté, como no podía ser menos.

Existe, sin duda, una tremenda responsabilidad de orden moral en las autoridades de una nación que abandone, de cualquiera manera que ello sea, sus funciones tutelares en asunto tan delicado. En todo caso tienen, además de el deber de amparar, proteger y fomentar las cintas buenas, bellas y útiles. el de ser inexorables con las innobles, con las inmorales y con las injustas. Sobre todo han de cerrar el paso, con rigor, a las que pretendan propagandas a base de secretos y de misterios inútiles.

Y aquí termino mi trabajo. Será calificado por algunos con el adjetivo, tan corriente entre los aficionados al cine, de *tostón*. Los comprendo en parte, porque ciertos espectadores no alcanzan a estimar en la vida otra cosa que la frivolidad y el lado alegre y poco pesado de la misma. Sé también que otros sacarán a relucir la consabida cantaleta de que no he dicho más que cosas archisabidas de puro elementales. ¡Precisamente, amigos míos, precisamente! En muchas cuestiones, que están sobre la mesa, se usa y abusa del socorrido truco de andarse por las ramas y olvidar de modo deliberado el tronco y las raíces.

Por lo tanto, como resumen y advertencia, este espectador de provincia debe decir a cualquiera autor cinematográfico que pretenda utilizar en sus propagandas el señuelo de bellezas imaginarias, enmascarando los verdaderos fines de su obra, o, simplemente, tratando de salvar un capital empleado con más o menos acierto, que puede dormir tranquilo porque tales candideces no le engañan. Y a la crítica, que observo dispuesta a trabajar dignamente, tengo que aplaudirla por su labor honrada. Aunque, a decir verdad, en unas cuantas ocasiones me ha desorientado en grado sumo. No puedo olvidar que cuando fui a ver «Rebeca», impulsado por algunos juicios críticos laudatorios, sufrí una gran desilusión: aquello más que otra cosa resultó para mí una bonita película policiaca, y no de las mejores. Alguien pretendió luego justificar al director de la cinta hablándome de ciertas exquisiteces psicológico-patológicas. Ni que decir tiene que el chistecito no me pareció malo del todo; pero pensé en aquello que solía decir de sí mismo un vecino mío: «¿Pobre y sor-do...?, dos veces desgraciado». ¿Policiaca y freudiana?, doblemente cándida.

TOMÁS MARTIN GIL.

CARTELES

Dos concursos de carteles se han celebrado en Cáceres: uno con motivo de las tradicionales fiestas de la feria de Mayo, y otro para anunciar la exposición de ganados que se celebrará en dicha feria.

Hemos de lamentar un gran «bajón» en el nivel artístico de los carteles presentados este año así como en el número de los concursantes. Ello no quiere restar méritos a los carteles premiados, que ostentan calidades indudables, sinó simplemente consignar la ausencia de «lucha» pues los jurados han tenido que esforzarse muy poco para hacer la selección.

Los artistas premiados, en el concurso de los carteles de feria, han sido: Nieto, I. Hernández y Tori, por este orden. Para anunciar la exposición de ganados han sido galardonados con el primero y segundo premio, Macías y Tori, respectivamente.

Esperamos que para otro año los artistas extremeños se estimulen y concurren en tal número y calidad que el ser miembro del jurado calificador lleve consigo los apuros que entraña escoger una cosa buena entre muchas igualmente buenas.

CURIO O'XULLO.

VARIA

CRONICA BREVE

—La Junta de Homenaje a Gabriel y Galán—entelerida por la abulia extremeña,—podrá ya llevar a cabo su proyecto de restaurar y ampliar la ermita del «Cristu Benditu», gracias a la generosa comprensión—nunca bien agradecida—mostrada por los miembros de la Obra Social, que preside el Excmo. Sr. Rueda Sánchez-Malo, ante la iniciativa del Sr. Maderal para que dicha Obra se encargara de sufragar el coste de la reedificación de la ermita.

—Se ha constituido oficialmente la Junta organizadora del Centenario de Hernán Cortés, en la que figuran varios representantes de la provincia hermana. Ni que decir tiene que Cáceres ha ofrecido sumarse entusiásticamente y cooperar a dar el máximo esplendor al Centenario, uno de cuyos actos se propone realizar en el Monasterio de Guadalupe.

—Por iniciativa del Instituto de Estudios Hispánicos, se ha decretado la creación del Colegio Mayor Hispano-Americano, afecto a la Universidad de Madrid, que ostentará el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Extremadura y Virgen de la Hispanidad. Con verdadera satisfacción registramos la noticia.

—La Asociación de Amigos de Guadalupe ha recibido de la Obra Social del Movimiento un espléndido donativo de 25.000 pesetas para premiar al mejor libro que resulte galardonado en el concurso que se abra sobre este sugestivo tema: «Destino de Extremadura en la historia de España». Oportunamente daremos detalles de las condiciones del concurso, al que no dudamos en calificar de transcendental para nuestra región.—F. B.

Anaquele de Libros

«Extremadura»

Es un folleto perteneciente a la serie cuadrada, que publica la Dirección General del Turismo. Buena portada de Morell y buenas «fotos». El texto sencillo y bien compuesto da una apetitosa idea de nuestras provincias, sobre todo a los que no sepan nada de ellas. Una observación: no trae «foto» alguna del puente de Alcántara ¿Por qué razón? La verdad es que se trata de una falta imperdonable.—T. M. G.

«Censo de la población de España»

Tiene importancia para nosotros el tomo que comprende las provincias de Alava a Cáceres, según la inscripción de 31 de Diciembre de 1940, con clasificaciones por sexo, edad, estado civil, instrucción elemental, fecundidad y profesión de la población presente. Por el solo enunciado de la portada se viene en conocimiento de la gran utilidad de este libro para el estudio demográfico de nuestras provincias. En las columnas de cifras, elaboradas con los datos de la inscripción censal directa, están las contestaciones a múltiples preguntas. Tenemos intención de ocuparnos, algo más detenida-

mente, de tal publicación, así como de las restantes que se refieren al mismo tema: «Nomenclátor», «Cifras generales del Censo de 1940» y «Clasificaciones por naturaleza y residencia».—T. M. G.

«Las devociones de mi pueblo»

El celebrado cronista Sr. Duarte Insúa ha publicado un folleto con el mentado título, sobre Albuquerque. Campean por igual la corrección del escritor y la investigación del historiador, por lo que constituye el folleto un delicioso manjar para los amantes de Extremadura, a la que tanto ama, con obras, nuestro prestigioso colaborador al que una vez más felicitamos por tan valiosa aportación a la historia regional.—F. B.

«Ganado porcino extremeño»

Dos entusiastas y cultos ganaderos trujillanos, los Sr. Calles Mariscal (D. Juan y D. Alfredo), son los autores de este interesante libro que tan sencilla como eficazmente trata de una de las riquezas pecuarias más típicas de nuestra región.—F. B.

«El libro del maestro para la enseñanza activa del idioma»

Otro libro de Adolfo Mailló, siempre en